

SOREL Y MARIATEGUI

Ubicación ideológica del Amauta



Autor: Hugo García Salvatecci

Prólogo de Luis Alberto Sanchez

“Un itinerario esclarecedor”

Hugo García Salvatecci, investigador social y conspicuo peruano, nacido en Lima en 1943, ha escrito su tercer libro sobre el desenvolvimiento ideológico de nuestro país con posterioridad a la duramente definitoria guerra del Pacífico. García Salvatecci que regenta cátedra en la Universidad Católica y en la Academia Diplomática de Lima, inició sus tareas publicitarias con un pequeño, bien informado libro, quizás demasiado breve, sobre el anarquismo en el Perú, titulado “El Anarquismo frente al Marxismo y el Perú” (1972). Casi simultáneamente, dio a la estampa un estudio imprescindible sobre “El pensamiento de González Prada” (Lima, Arica, 1973). Ahora lanza un nuevo libro complementario de los dos anteriores, bajo el título de “Sorel y Mariátegui”. Tiene en prensa un cuarto volumen “El ideal americanista de Vizcardo y Guzmán”. Es probable que compongamos en colaboración, uno sobre las ideas políticas en el Perú republicano.

Previamente ha tenido una provechosa estada como becario en Roma (1973) donde utilizó su tiempo para leer a fondo a Sorel, Labriola, los anarquistas y los más inquietantes pensadores italianos de la vertiente económica y socialista. Ha tenido la gentileza de leernos los originales de su cuarto volumen y de honrarnos solicitándonos el presente prólogo. Sería torpe negar que nos sentimos profundamente halagados.

García Salvatecci es un joven ideologista cuya primera formación la realizó en el Seminario Salesiano en Lima. La estructura escolástica en que se basa su razonamiento es impresionantemente fértil. Sobre ella levantó un edificio laico, basado fundamentalmente en la economía política. Frecuentó la

lectura del autor de Páginas libres, de lo cual surge su comprensión de las ideas de Bakunin y Proudhon. El pensamiento de González Prada lo empujó a seguir los naturales meandros de tan vigoroso pensador, y leyó con avidez y provecho a Haya de la Torre y a José Carlos Mariátegui. Naturalmente, las obras de Proudhon, Sorel, Marx, Engels, Lenin, Trotski y los citados marxistas y socialistas italianos se le hizo necesaria.

Al abandonar las aulas tropezó con el inesperado escollo de una innecesaria polémica entre los discípulos remotos de González Prada que seguían los pasos del APRA y Haya de la Torre, y los voraces usufructuarios de la memoria de José Carlos Mariátegui, otro discípulo de González Prada, empeñados en honrar al Partido Comunista Peruano con la falaz paternidad del autor de "La escena contemporánea".

Hurgador metódico de antecedentes y consecuencias, García Salvattecci fue descubriendo el camino para llegar al meollo de la discrepancia delimitada severamente en el tiempo y precedida sin embargo de una larga etapa de preocupaciones paralelas entre Haya y Mariátegui. Para definir con claridad las causas y rumbos de tales coincidencias y discrepancias, García Salvattecci decidió rehacer la ruta formativa intelectualmente de ambos escritores y llegó sin muchos esfuerzos, pero muchísimas lecturas a ciertos hitos comunes, básicos: González Prada, Proudhon, Marx, Engels, Sorel, Lenin.

En el caso de Mariátegui, las predilecciones deferenciales fueron Labriola, Mussolini, Gentile, Fiora, Croce, Nietzsche, Bergson, Gramsci, y Trotski; y en el caso de Haya, Romain Rolland, Laski, Trotski, Bergson, Einstein, Hipólito Irigoyen, José Vasconcelos. No se trata de un catálogo de influencias ni de una lista de pensadores sociales. Se trata de dos temperamentos afines en el misticismo social, tanto como en el personalismo implícito en toda individualidad bien definida. Puesto en tal camino, García Salvattecci, apelando a su formación escolástica, ha rastreado con implacable penetración las raíces del pensamiento social de uno y otro: en este libro nos presenta las que se refieren a Mariátegui. Lo hace con objetividad y entusiasmo, y, además, con un estilo directo y elegante, que hace recordar sin sus italianismos y galicismos, algunas de las mejores páginas del editor de Amauta.

Si uno recuerda el prólogo de Haya de la Torre a sus Obras completas (Lima, 1977, vol. I) vería que las lecturas juveniles del fundador del APRA, contemporáneo de Mariátegui, fueron fundamentalmente autores anarquistas. Haya de la Torre menciona con detalles conmovedores su trato intelectual con Proudhon, Reclus, Kropotkin, Bakunin y, subsidiariamente, con los socialistas calificados de utópicos: Saint-Simon, Owen y Fourier. Otras lecturas marcan a fuego a aquella generación conducida espiritualmente por González Prada (1844-1918).

Mariátegui, que no alcanzó a concluir su instrucción secundaria, por lo que no pudo ingresar a la Universidad y que trabajaba como reportero en La Prensa desde los 19 años, leyó probablemente con mayor pasión a los autores anarquistas, cuya vigencia ha sobrepasado los anatemas de Marx, al extremo de que Lenin, en su "El Estado y la Revolución proletaria" y hace pocos años Marcuse en todas sus publicaciones han reivindicado y propagado la doctrina anarquista al proclamar la supresión del Estado como meta final de la lucha de clase.

El advenimiento del marxismo fue posterior a la revolución rusa y al subsecuente triunfo de los aliados. Puede afirmarse que es a partir de 1918 cuando se inicia vigorosamente el marxismo, primero a través de los compendios de los vulgarizadores franceses y sólo muchos después, nos

atrevernos a decir que, como efecto de la aparición del fascismo y del nazismo, los devotos de Lenin se lanzan seriamente al descubrimiento de “El Capital”, la “Crítica de la Economía Política” y la ardiente respuesta a Proudhon titulada “Miseria de la filosofía”.

Durante ese comienzo de diálogo entre revolucionarios anarcosindicalistas y revolucionarios prosoviéticos se perfila con agresiva precisión la poderosa y polémica figura de Georges Sorel. Su pensamiento dramáticamente nacido entre el anarquismo, el fascismo y el marxismo, proclive a la crítica devastadora de cuanto había amado la víspera, enciende o reenciende la emoción social de sus lectores y, en el caso del Perú, sin duda, el viejo y cristalino González Prada y el de los vehementes y contradictorios intérpretes de la nueva generación, Haya y Mariátegui. Haya no vacilará en reconocerlo, según hemos dicho; Mariátegui lo revelará, quizás no muy de su grado, en las propias páginas de su contradictorio y soreliano “Defensa del marxismo”.

Por exigencias de la ortodoxia catequística y de la praxis irreflexiva, los discípulos de Mariátegui han pretendido negar la preclara acción del pensamiento soreliano sobre su Maestro. Han fingido desdeñar la decisiva presencia del mito y de la violencia en las lecciones de su Maestro. Debemos considerar que el tema “Mariátegui” ha entrado en una fase crítica. Hacía falta. Durante la etapa final de su enfermedad, esto es, en 1929-30, pese a lo atractivo romántico de su figura maltratada por implacable mal, a su fecunda soledad, a su brillante estilo, a su entrega a la lucha de ideas, Mariátegui no alcanzó el papel de un líder; su imagen fue la de un comentarista apasionado.

Los hombres que estuvieron a su lado intentaron disuadirle de la aventura de fundar un “socialismo americano” (nombre bajo el que se ocultaba un propósito reiteradamente nacional) y evitaron, hasta donde les fue posible, que los anatemas lanzados contra él por Codovila (el camarada Peters) en nombre de la Tercera Internacional, prosperasen.

En esos momentos, 16 de abril de 1930, muere Mariátegui. Quedaba libre el camino para llamar comunista al partido de los amigos de Mariátegui, contra lo cual ya habían protestado y apartándose de él, Luciano Castillo, Alcides Spelucín y Fernando Chávez León: el primero de ellos fundaría el Partido Socialista del Perú en 1931 y los otros dos fundaron el Partido Aprista Peruano en setiembre de 1930. El Partido Comunista Peruano, fundado por Eudocio Ravines el 20 de mayo de 1930, utilizó el nombre del difunto Mariátegui, para proyectar su publicitada maniobra contra el APRA, para lo cual Ravines y Armando Bazán se habían introducido en sus filas desde 1926.

Ravines tomó sin estridencias, pero con tesón y eficacia, la secretaría General del PCP y no pudo evitar que Ricardo Martínez de la Torre (secretario de Amauta y por tanto de Mariátegui), secretario de propaganda del partido socialista peruano que fundó Mariátegui en 1929, se apoderase de los papeles del Amauta, para darlos a publicidad. Ravines expulsado del APRA en 1928, fue también expulsado en 1942 de los partidos comunistas chileno y peruano, poco después de la publicación del primer tomo de Martínez de la Torre. En ese entonces, se hallaba en el gobierno del Perú, Manuel Prado y Ugarteche por cuya candidatura trabajó notoriamente el “social comunista” Martínez de la Torre y de cuyas manos recibió permiso para regresar al Perú, Ravines. Solo a partir de 1936, a raíz de las líneas Limitroy sobre los frentes populares y de la segunda proscripción del APRA, Ravines y Martínez de la Torre, por distinta causa y en abierta oposición uno del otro, concordaron en protegerse ellos y al PCP con el nombre del autor de “La escena contemporánea”, y con la posterior influencia política de Manuel Prado. A partir de entonces, todo fue homenaje y pleitesía incondicionales a favor de José Carlos. Sus polémicas fueron editadas sin considerar las respuestas de

sus contendores, y se elevó el texto de Siete ensayos a la categoría de evangelios, y se dio a la teoría en que se sustentan el caprichoso apelativo de marxismo sin que se justifique tal apelativo.

Más perspicaz, el señor de origen alemán, uno de los miembros del primer soviét leninista, me escribió en junio pidiéndome un artículo sobre José Carlos Mariátegui: mi respuesta debió desconsolarlo pues yo tenía entonces un pensamiento ideológico en relación con el materialismo histórico y además no creía, como tampoco creo ahora, en la autenticidad y firmeza del marxismo atribuido a Mariátegui.

Ahora bien, la revisión de la obra de Mariátegui empezó a acentuarse en la segunda mitad de la década de los 60, sobre todo a causa del sesgo anarquista que tomaban los acontecimientos políticos, a través de la prédica de Marcuse, de la pujanza del neo-capitalismo, de la insurgencia de la nueva izquierda, de la consolidación de la “nueva clase” de que habla Dhilas, y de las revelaciones de Krushev con respecto a la tiranía de Stalin, y a la cruel farsa que fueron los procesos de Moscú contra Bujarin, Zinoviev, el viejo y austero Kamenev.

Tal revisión, acelerada por la violencia del territorio pseudo marxista y por la sed de conquista manifiesta en la política exterior de la URSS, en nada distinta del imperialismo de USA, fue impuesta por la necesidad de devolver a Haya de la Torre y el APRA su verdadero puesto histórico. Precisamente el APRA aplicaba tesis semejantes a ciertos enunciados de Mariátegui, que se amparaban en una hipotética radicalización de las masas y un endurecimiento (supuesto negado) del materialismo dialéctico. El libro que ahora publica Hugo García Salvattecci constituye el pináculo de semejante tarea revisionista y cala hasta sus raíces el contenido ideológico del pensamiento de Mariátegui.

La lectura del libro de García Salvattecci, “Sorel y Mariátegui”, es, sin duda, la primera gran contribución sobre el tema y deslinda, como una consecuencia, la posición de Haya y Mariátegui en una conjugación no siempre grata, pero, sí, siempre provechosa y aleccionante. He dicho en varios lugares, desde mi artículo de Mariátegui· publicado en la revista Presente (Lima, 1930, número 91) y reproducido en el volumen “Escafandra, lupa y Atalaya” (Madrid, 1976) que nunca escuché de Mariátegui ningún elogio a Stalin ni mucho menos ninguna censura contra Trotski, el cual, en 1930, cuando murió Mariátegui, ya había sido defenestrado y proscrito por el espontáneo, cruel y ambicioso sucesor de Vladimir Illich. Muchas veces le oí nombrar a Labriola y Asturaro, a Croce y Bergson, a Sorel y Unamuno, a Waldo Frank, a Bernard Shaw, Valdelomar y a Vicente Huidobro, a quienes nadie, con un mínimo de conocimiento marxista, podría confundir con escritores de contenido tan colectivista como Mayakowski, Leonov, Keihardt Franck, Panait Istrati o Máximo Gorki. También le oí y leí elogios rendidos a Romain Rolland y a Barbusse, a D' Annunzio y de Sanctis, a Gobetti y Fiora.

Es dentro de ese contexto de predilecciones y artificios donde se desarrolló, aun después de la amputación de su pierna, el pensamiento y la acción publicitaria de Mariátegui. El fino análisis de García Salvattecci penetra como un bisturí en ese complejo de ideas, intereses y dudas y extrae limpiamente la entrada misma de la que depende el organismo y la organización doctrinarias de José Carlos. Tratemos de ver cómo.

La formación cultural de Mariátegui fue eminentemente católica y esteticista. Hasta la calificaría de decadentista. Por eso, en su primera juventud, se identificó con las prácticas católicas, hizo retiros

religiosos en el convento de los Descalzos, escribió versos místicos, reseñó la procesión del Señor de los Milagros: todo eso hasta sus veinticuatro años. No se curó de ello.

A los treinta y cuatro años, después de su periplo europeo y de sus Mensajes socializantes al juzgar “el proceso de Literatura Peruana” destacará sustancialmente los valores individuales y decadentistas de Eguren, Valdelomar, Spelucin, Rodríguez, Magda Portal, y cediendo a un impulso laudable pero personal, atacará sañudamente a Chocano, a quien elogió anteriormente y a quien trató con deferencia hasta la tarde del 31 de octubre de 1925, en que lo tuvo como invitado a la inauguración de la editorial Minerva: esa misma tarde Chocano hería mortalmente de un balazo al escritor idealista Edwin Elmore, quien formaba parte de nuestro grupo nada teñido entonces de marxismo.

De ahí que la aseveración de que Mariátegui daba como definitivamente cancelada la que él llamaba con desdén “mi edad de piedra”, es absolutamente falsa: la “edad de piedra” la siguió como su sombra, como perro fiel hasta los mismos umbrales de su propia muerte. Juzgado así, no es por azar que él escogería a la flamante Universidad Católica de Lima para iniciar estudios libres en Historia del Arte. Ello obedecía a una actitud de su espíritu.

Era un idealista con los ojos abiertos, como Romain Rolland, a quien admiró y siguió hasta que se puso en evidencia la amistad entre el autor de Juan Cristóbal y Haya de la Torre. De paso, Amauta insertó el mensaje de aquél al APRA el año 1926.

Dadas estas condiciones fundamentales, nada tiene de sorprendente que, si bien a través de su permanencia en Italia, le impactaran la divulgación de Marx y Engels, jamás llegaron a borrar y ni siquiera a atenuar la huella de las lecturas de Sorel, Trotski, González Prada, Croce, D'Annunzio y Bergson. Lo último se demuestra palmariamente en una frase de Mariátegui que García Salvattecci transcribe, en la que considera “La evolución creadora” como el más grande acontecimiento del siglo.

La profundidad de los mencionados elementos (esteticismo, misticismo, subjetivismo) y las circunstancias materiales en que se desenvuelven los primeros años demuestran las afinidades electivas de Mariátegui. En realidad, en esos momentos, su actitud era la de un anarquista. En ello coincide con Valdelomar, que, inspirado por el ejemplo demagógico de D'Annunzio a propósito de Fiume, sueña en fundar, ya que no un principado, una república aristocrática, mestiza y literaria.

Valdelomar perece súbita y oscuramente en noviembre de 1919, un mes antes Mariátegui y Falcón, liquidada la aventura de “La Razón”, liquidan también el recién nacido Partido Socialista, cuyo secretario general, el historiador y periodista Luis Ulloa Cisneros, parte a Europa con una comisión rentada por el gobierno de Leguía: Mariátegui y Falcón miembros de su comité ejecutivo aceptan sendas comisiones oficiales en Italia y España respectivamente, junto con ellos Barba y Nicolás Gutarra desaparecen transaccionalmente de la lucha social; Erasmo Roca y Carlos del Barzo (ex-anarquistas gonzalezpradianos) se apartan del socialismo y se recluyen a sus cuarteles de rutina: el uno a la dirección de asuntos indígenas, el otro a su joyería de la calle Valladolid.

Para un escritor decadente, de temperamento místico, atraído románticamente, quizás biológicamente, por el amor a la humanidad, sentimiento traducido en la expresión más fácil de entonces, el encuentro con Europa a través de Italia agravaría su “mal du siècle” Italia estaba en

noviembre de 1919 duramente sacudida por las violentas consecuencias de la Gran Guerra. Los obreros al regresar de las trincheras, según lo ha referido Hemingway en "Adiós a las armas", bajo el impacto de las dramáticas noticias que llegaban desde Rusia, habían decidido formar soviets como en Moscú y Petrogrado, apoderarse de las fábricas y proclamar el socialismo.

La vieja tradición anarquista de Malatesta y Matilde Serao, y la recia campaña de Avanti órgano socialista que dirigía el "camarada" Mussolini, parecían ganar la partida. La propaganda marxista era intensa. Mariátegui se puso en contacto con el marxismo a través de la subjetivista y apasionada interpretación de Labriola y Gobetti, más que de la de Gramsci, a la par que se entregaba a una beata admiración del idealismo de Croce, el patetismo de D'Annunzio y las complejidades psicológicas de Pirandello: sus "Crónicas de Italia" y "La escena contemporánea" así lo demuestran.

Al mismo tiempo, observaba con pasión el desarrollo del fascismo, versión violenta pero desencantada de un socialista arrepentido: Mussolini. Los más viejos vinos de Ojigis de Italia entraron en maceración para forjar ese mosto impredecible de mezcla de Il Imperio, la gioveneza, el Rinovargio o morire de D' Annunzio y la violencia de Sorel. Un apasionado subjetivismo, una explosiva pasión destructora fluía de aquella amalgama imprevista.

El socialismo de Mariátegui se tiñó desde el comienzo del nacionalismo imperial fascista, del libertarismo estético de Croce, de las afirmaciones dogmáticas de D'Annunzio y, también, de un eclecticismo increíble hecho de materialismo histórico marxista y de su eventual negación soreliana revestida de sistemática violencia. Si alguna expresión cabal podía esperarse para tal heterodoxia vitanda, era la interpretación trotskista de la historia, su revolución permanente, su partido de una sola clase, su dogmatismo al par estético y combativo: es lo que con rara acuidad presenta y analiza García Salvattecci en las esclarecedoras páginas que siguen.

La influencia, muy contradictoria, por cierto, de Sorel, Croce, y el mito fascista en Mariátegui, hará que su conversión al marxismo sea una conversión más verbal que efectiva, mantenga increíblemente como polo de atracción, el mito y la arrogancia, forma cauta, pero evidente, de una violencia apenas reprimida y siempre muy personal. El empleo del pronombre de primera persona (yo, a mí, me parece) que caracteriza la prosa de Mariátegui está muy lejos de la objetividad y el impersonalismo supuesto en un revolucionario objetivo, dialéctico, determinista y sin embargo capaz de confundir en un todo los antagónicos criterios de clase social y de generación, de determinismo y dialéctica, de economismo y decadentismo, de evolución creadora y determinismo histórico, de ateísmo marxista y cristianismo místico, de sequedad de combatiente y pasión de creador estético.

Europa, pero una Europa meridional e historicista emergente del imperio suntuoso y del Renacimiento refinado, se apoderará de Mariátegui. Lo absorberá por los poros durante tres años y medio. Al regresar al Perú, en marzo de 1923, encontrará con sorpresa que todo ha cambiado. Los incipientes luchadores sociales de 1919 constituyen un núcleo obrero estudiantil importante. Los estudiantes reformistas que rodeaban a Haya de la Torre, ya en sus veintiocho años son profesores de las Universidades Populares González Prada, organizadas parcialmente según el modelo de Lunatcharski. Los antiguos anarco sindicalistas apoyan a los antiguos reformistas universitarios. Ha nacido una sólida alianza entre intelectuales y manuales, es decir, se supera la lucha de clases convertida en lucha de amplios frentes, en lo cual juega un papel decisivo la clase media considerada despectivamente pequeña burguesía en los medios de Europa. El fenómeno lo atrae.

Mariátegui quiere en ese momento volcar su experiencia y sus sueños sobre los obreros y estudiantes reunidos, como en aquellos fascios de combatientes de la Italia ya irremisiblemente lejana, pero los obreros dudan de él. La forma cómo aceptó el exilio dorado que le propuso Leguía, lo descalifica en ese momento. Es entonces cuando Haya, que no olvida al débil y refinado amigo de Valdelomar, le ofrece su apoyo y lo impone como profesor en las Universidades González Prada y como colaborador decisivo para la revista “Claridad”, órgano de las Universidades Populares y de los obreros textiles de Vitarte.

A partir de junio de 1923, mientras Haya esquiva la dura persecución de que le hace objeto Leguía, a raíz del dramático episodio del 23 de mayo, dicta su primera clase de historia en el local de la Federación de estudiantes. A partir del número 2 de “Claridad” compartirá la dirección con Haya; lo sustituirá a partir del número 3, cuando Haya ha sido proscrito por la dictadura de Leguía.

Entonces comprende que el nacionalismo es una forma eximia de la revolución en los países-campo, como el Perú, y empieza a sospechar que la intervención económica extranjera forma un todo con las oligarquías y las dictaduras criollas. Al año siguiente nace el APRA, será en México, el 7 de mayo y por obra de Haya de la Torre. Mariátegui desde Lima reitera su adhesión a los principios revolucionarios de su antiguo amigo trujillano. Poco después sufre Mariátegui la amputación de la pierna sana con la cual caminaba: es en julio del año 24. Haya desde Berlín me dirige una postal, que he reproducido facsimilarmente, dándome las gracias por un artículo en que defendí el derecho de Mariátegui a compartir una ayuda de los periodistas. Haya firma su misiva en Berlín, de regreso de Rusia a donde jamás llegó José Carlos. Dos años después aparece “Amauta”. El programa aprista encuentra en Mariátegui un entusiasta propagandista (revise el lector escéptico Amauta, comprobará que en estas páginas no propagamos ninguna falacia).

Nos acercamos al término de esta nota prologal cuando el tema es más provocativo, pero prolongar la exégesis sería invadir, con desventaja para mí y los lectores, el campo propio de García Salvattecci. He aquí, pues, en apretada síntesis lo que en mi juicio resulta del examen espectral de los escritos de Mariátegui editados hasta hoy. Por las citas que aquí se transcriben y por el rumbo general de la obra de José Carlos aparece evidente: Que el artista adolescente, decadentista, esteticista y religioso litúrgico que hubo en Mariátegui en su primera etapa, subsiste a lo largo de toda su obra, incluyendo los “Siete ensayos”, cuyo enfoque de la literatura peruana, basada en Trotski (Literatura y revolución) exhibe rasgos incompatibles con un pensamiento marxista.

El trabajo de Hugo García Salvattecci sobre estos temas esclarece esclarece 1930. Es una contribución de primera clase por su erudición, su objetividad y su finura de análisis. En medio de la selva de apologías, diatribas sistemáticas y desmesuradas que rodean la acción doctrinaria de Mariátegui y de Haya, el libro de García Salvattecci es distinto a todos por su imparcialidad, su penetrante análisis y su vasta información. Démosle gracias por ello.

Leer el libro completo. **Adquiérelo directamente desde Amazon.**

Prólogo publicado por www.pueblocontinente.com con el permiso expreso del autor.